



FRATISA

en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 161 – OCTUBRE 2025

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Vivir con dignidad

Antonio Salas

Toda persona, por el simple hecho de ser imagen y semejanza divina, se supone gozar del derecho a vivir con un mínimo



Bebé en una aldea de Tamahú

de dignidad. Sin embargo, quien se adentra en los sinuosos meandros de la historia tarda poco en constatar que no siempre ha ocurrido así. De ordinario las culturas y sociedades gestan una minoría opresora, contrapuesta a una mayoría oprimida. Esta última acostumbra a convivir con el desamparo. Si alguien lo cuestiona, que se acerque hoy a Tamahú. Y no me refiero a su poblado sino a sus aldeas y caseríos, diseminados por una adusta serranía donde cada vez son más los que mascullan indigencia. Aunque desde un principio lo intuíamos, hemos tardado años en constatarlo. Sus comunidades indígenas no suelen ser frecuentadas por foráneos. Pues bien, rompiendo tabúes y prejuicios, Fratisa ha logrado adentrarse en el corazón mismo de la pobreza. Y, al hacerlo, no ha podido ocultar su estupor. Son, de hecho, mayoría las familias que viven en un inmundo habitáculo de hojalata por donde solo pulula la miseria.

Conscientes de esta cruda realidad, llevamos ya siete años construyendo casitas. No ignoramos que nuestro aporte al respecto dista mucho de resolver los problemas de aquellos desventurados indígenas. Según se infiere de los censos, 21000 personas malviven en los más recónditos rincones de la inhóspita sierra tamahunera. Mas ello, lejos de arredrarnos, nos estimula. Nos congratulamos, de hecho, cada vez que una familia, aun sin dar la espalda a su pobreza, consigue estrenar hogar. Ha sido gracias al espíritu de entrega de nuestro representante, Raúl Leal, que hemos logrado abrirnos camino entre quienes llevan siglos sumidos en el olvido. No sin esfuerzo, se han ido ahuyentando sus prejuicios. Y hoy son los propios indígenas quienes, no solo se dejan ayudar, sino que acuden a Fratisa en busca de apoyo.

Lo triste es que a todos no podemos complacerlos. Es mucho mayor su indigencia que nuestro afán de paliarla.

Recuerdo aún con un sabor agridulce, el desayuno que -hace casi ocho años- tuvimos con el “cocode” (líder) de un caserío. Le estábamos ofreciendo construir una vivienda para cada familia. Él nos miraba boquiabierto y con los ojos entornados, meciéndose entre el ensueño y el desconcierto. Solo años después entendí el motivo. Y es que aquellos indígenas serranos están cada vez más hartos de recibir promesas incumplidas. No es, en efecto, infrecuente que algunos politicastros, con tal de conseguir sus votos en las elecciones, traten de encandilarlos con grandes proyectos que se acaban diluyendo como agua de borrajas. Ello explica que cuanto más le hablábamos, menos lo convencíamos. Hubo que dar tiempo al tiempo y, solo al finalizar la tercera casa, su escepticismo cedió paso al entusiasmo. Toda su comunidad acabó convenciéndose de que Fratisa sí cumple (“rara avis”). Desde entonces acostumbramos a construir unas diez casitas cada año. Más no, por falta de fondos. Sin embargo, este año ha sido una excepción. Aspiramos a levantar no menos de veinte. Paso a explicar el motivo.



El equipo directivo de Fratisa en Tamahú

Como es bien sabido, la obra solidaria de Fratisa se apoya en los donativos periódicos de sus benefactores. Pues bien, entre ellos figuraba una asociada que falleció hace algo más de un año. Y, en su testamento, dejaba un discreto legado para nuestra misión de Tamahú.

Tras los inevitables (y casi interminables) trámites burocráticos, se pudo al fin disponer de los fondos. Y así, mientras elevábamos nuestras suplicas a Dios por el eterno descanso de nuestra bienhechora, decidimos por unanimidad destinar su legado a la construcción de casitas. Somos, de hecho, muchos quienes pensamos ser este el proyecto de Fratisa con mayor proyección de futuro. Ciertamente que tanto la atención a los enfermos como la distribución de despensas cubren necesidades básicas. Y así seguiremos haciéndolo con todo mimo y entrega, al menos mientras dispongamos de la inapreciable cooperación de nuestro representante, Raúl Leal, por ser este el alma de ambos proyectos.



¿Es justo que una familia viva en un hogar así?

Mas, aun así, la construcción de viviendas debe situarse en otro plano. Con ellas se garantiza una mejor calidad de vida a las familias agraciadas, que -de no surgir imprevistos- podrán incluso

heredarlas a sus descendientes. Por eso, sin descuidar ni la atención a los enfermos ni el reparto de alimentos, hemos optado por intensificar la construcción de casitas. Y, por fortuna, lo estamos consiguiendo. Durante el año en curso aspiramos a levantar una veintena. Vamos por muy bien camino. Sobre todo, desde que la eficaz gestión de Raúl se ha visto complementada con la incorporación de dos nuevos puntales: Vinicio Gamarro y Eliseo Cha'. Entre todos, estamos batiendo nuestro propio récord. Son ya 14 las construidas y otras 6 están a punto de fijar sus cimientos.

Grande fue nuestro júbilo cuando, durante la estancia del pasado marzo, pudimos inaugurar dos casitas en la aldea de Sequib. No nos pasó desapercibida la ilusión de sus nuevos dueños quienes, a pesar de su palpable pobreza, nos



Una nueva vivienda en la aldea de Chimolón

agasajaron con un succulento almuerzo. Mientras el catequista (Abelino) llenaba los dos compartimentos del nuevo hogar con el eco de sus rezos y plegarias, un turiferario iba prodigando sahumerios en torno al altar doméstico que suele presidir los eventos hogareños. Disfrutamos a tope compartiendo la jubilosa celebración de don Santiago y don Manuel con sus respectivas familias. Me enterneció ver cómo bastantes vecinos nos honraron con su presencia en tan entrañable evento. Sobre todo, a la hora de romper el lazo para entrar en la vivienda, los aplausos y el alborozado griterío casi retaban a los dioses del trueno. Lástima que no podamos asistir a todas las inauguraciones, pues son momentos donde el gozo logra opacar la pobreza.

Desde entonces, Raúl ha levantado otras cinco viviendas en la aldea. Como ya es habitual, no le han faltado problemas. Y es que los beneficiarios han de comprometerse al acarreo de los

materiales, pues el todoterreno los deposita en el punto donde finaliza el camino de terracería. Desde allí, se requiere llevarlos a hombros hasta el pie de obra. Aunque todos se comprometen de antemano a cooperar, cuando llega el momento no es infrecuente lamentar ausencias. Mas aun con ello, todas las viviendas se han podido entregar a sus nuevos dueños. Y Fratisa comparte con Raúl el gozo de saber que siete familias de Sequib dispondrán de una casa digna

y sólida. Además de guarecerse con ella del frío, del viento y de la lluvia, dejarán de compartir territorio con los bichos y las alimañas. Unos y otras no solo generan repugnancia, sino que también -siendo portadores de gérmenes y bacterias- se convierten en potenciales transmisores de enfermedades.

FratISA, sabiéndose en condiciones de invertir algo más en este admirable proyecto, fijó su mirada en la aldea de Sesoch, famosa en todo el entorno por su lejanía del centro urbano, así como por la postración de quienes viven en ella. Aunque la habíamos visitado en varias ocasiones, nunca pasó por nuestra mente ayudarla con casitas. Y no por falta de interés, sino de fondos. Al disponer ahora de ellos, fue Fátima quien decidió encaminar hacia allá el proyecto. Tras asesorarse con uno de los vocales (Ignacio Mez), este hizo un recuento de las familias más marginadas, cuyas viviendas amenazaban ruina. Pues bien, en menos de una semana le presentó nada menos que a quince familias, las cuales, tras un estudio socioeconómico, se presentaban como aspirantes a recibir un nuevo hogar. Todos quedamos perplejos ante la celeridad de Nacho. Y es que, en general, la diligencia no es la virtud más enraizada en el mundo indígena. Sin embargo, toda regla suele tener excepciones. Celebramos que tal ocurriera en Sesoch.



Cortando el lazo para inaugurar la casita

De inmediato, Vinicio y Eliseo se pusieron en marcha. Tras confirmar que las casas seleccionadas ameritaban un rápido reemplazo, se procedió a construir las dos primeras. Al hacerlo, se vio que el reto no podía ser más certero. De hecho, a causa de su lejanía, los todoterrenos tardaban hora y media en recorrer el camino pedregoso que conduce a la aldea. Y obviamente, la dificultad conllevaba un aumento del precio. Asumiéndolo, se prosiguió el proyecto. Hasta el momento, son cuatro las casas construidas y otras tantas familias han pasado de un tugurio a un palacete. En este mundo, todo es relativo. Una vivienda de 35 metros cuadrados, aunque para nosotros sea una simple “tiny house”, para ellos es un anticipo del cielo.

Al ser una dupla la gestora del proyecto, se han podido levantar casi al alimón dos nuevas viviendas en Chimolón, otra aldea por donde Dios parece haber pasado de noche. Aunque más cercana al poblado de Tamahú, tampoco faltan familias que viven casi a la intemperie. Tanto Vinicio como Eliseo habían fijado en ella su mirada desde hacía bastante tiempo. Pero la falta de recursos los frenaba a la hora de brindarles ayuda. Ahora, en cambio, se la ofrecen casi con profusión. De hecho, en un par de meses no solo les han levantado dos nuevas casas, sino que se están ultimando los preparativos para construirles otras dos más. Y ello sin perder de vista las solicitudes que, a través de Pablo Chiquín (vocal), no cesan de llegarnos tanto de Onquihá como de Chipacay.

Entre las personas más necesitadas, otorgo un lugar preferente a dos hermanas de media edad que viven en un mísero tugurio. Y mal podrían salir solas de su postración, dado que una de ellas es ciega. La otra hace denodados esfuerzos para reunir unos quetzalitos vendiendo hortalizas recogidas en el monte. Lo más probable es que, antes de finalizar el año, también ellas puedan disfrutar de un nuevo hogar. Y algo parecido ocurre con Tomás Cuz, un joven cabeza de familia, que acudió a nosotros, durante nuestra estancia en julio, para exponernos su angustiada situación. Y así, mientras podamos, trataremos de infundir cierta dosis de felicidad a personas o familias adscritas a un total desamparo.

Sería erróneo pensar que, por volcarnos en la construcción de viviendas, descuidamos los demás proyectos. Más bien lo contrario. En lo que concierne al reparto de despensas, no cesa de aumentar el número de agraciados. Hace apenas un año Fratisa solo estaba en condiciones de ofrecer 70 cestas mensuales. Ahora, en cambio, las hemos aumentado hasta un total de 167. Y más no, por falta de recursos. Por otra parte, basta leer los informes que Raúl Leal nos envía sobre la atención a los enfermos, para constatar que su dedicación es cada vez más intensa. De hecho, mantiene siempre abierto su móvil para atender a quien le solicite su ayuda. No le importa incluso levantarse a las 3.00 de la madrugada para atender a una emergencia y llevarla raudo a Cobán. Podría decirse que nuestro equipo funciona bien. Dios nos ayude a mantener este ritmo. Y es que siempre engendra hondo gozo ver cómo, a través de Fratisa, son cada vez más las familias que consiguen ... ¡vivir con dignidad!



La infancia no entiende de problemas

Atención al enfermo

Raúl Leal

Decir que nuestra labor con los enfermos conserva su ritmo casi podría sonar a tópico. Sin embargo, quienes nos entregamos en alma y cuerpo a tal menester, entendemos que mantenerlo es más que nada un don de Dios. Requiere mucho esfuerzo y sacrificio, pero también ofrece compensaciones. Así lo pude constatar una vez más durante el mes que acaba de finalizar, cuando el señor Antonio Pacay Pop fue remitido a la Fundabiem para recibir rehabilitación a causa de

su osteoporosis en la columna. Al grupo de niños, se nos añade una persona ya mayor. Recibirá terapia todos los miércoles y viernes. Su presencia no altera en absoluto mi agenda, pues son tres días a la semana cuando llevo pacientes a algún hospital o centro médico de la ciudad de Cobán.

Como ya es habitual, me limitaré a consignar algunos casos que, por circunstancias concretas, me parecen más interesantes para nuestros lectores. Pero puedo garantizar que cada mes son más de cien los enfermos que se agracia con nuestra ayuda. A veces sus dolencias son nimias, pero en sus aldeas tienen cerradas las puertas a toda clase atención. Por eso agradecen tanto nuestro apoyo. Siendo sincero, debo añadir que tampoco faltan situaciones donde la familia, haciendo alardes de obtusa, prefiere prescindir de nuestros servicios y resolver a su manera el problema. Por desgracia no es infrecuente que se recabe la atención de un curandero en vez de ponerse en manos de los médicos en un hospital. Tal ha ocurrido en alguno de los casos que cito a continuación.

El desespero de Sergio Humberto

Ya he escrito en más de una ocasión sobre este desventurado muchacho (21 años). Acosado por la ceguera y unas migrañas difíciles de controlar, acudió hace ya tiempo a Fratisa en busca de orientación y ayuda. Tras llevarlo al hospital regional de Cobán, sus doctores me aconsejaron trasladarlo a la capital para que fuera revisado en el hospital de San Juan de Dios. Y así lo hice.



El amargo rostro de la enfermedad



Raúl, intentando ayudar a Sergio Humberto

Allí me exigieron una resonancia magnética cerebral y una campimetría, amén de recetarle una cantidad considerable de medicamentos. Todo se le pudo brindar gracias al apoyo económico de una benefactora de Fratisa. Los resultados, sin embargo, distaron mucho de ser halagüeños. Se le diagnosticó, en efecto, una masa intraventricular primera derecha, una hidrocefalia crónica, una depresión absoluta y un daño terminal en ambos ojos. En el hospital capitalino se le dio una nueva cita para varios meses después, aunque sin invitar por ello al optimismo.

Dado que muchos indígenas se fían muy poco de los diagnósticos científicos, al regresar a su aldea y ver que sus dolores de cabeza iban en aumento, no faltó un alma piadosa que, con la mejor intención, se brindó a llevarlo de nuevo a la capital para que fuera revisado en una clínica privada. Y hasta allá se fue el bueno de Sergio. Los

doctores privados le ofrecieron la posibilidad de una intervención quirúrgica, pero a un precio desorbitado.

Tanto que incluso su mecenas quedó atónito al escuchar la cantidad. Para colmo, no se garantizaba que la cirugía fuera exitosa. Más bien podía provocarle una irreversible ceguera total o incluso la muerte. Ante tales augurios decidieron regresar a su aldea, donde estuvo a punto de morir por ponerse en manos de un curandero. Este le recetó una pócima que lo adentró en el umbral del inframundo. Y, con tan infausta experiencia, toda la familia se sumió en el desconsuelo.



Don Antonio Pacay, iniciando su terapia

Antes de iniciar el periplo recién descrito, Sergio me había compartido sus ansias de encontrar la solución en una clínica privada. Preferí no desalentarlo, aunque era muy consciente de los costos, inasumibles no solo por parte de su generoso bienhechor, sino incluso de la propia Fratisa. Creyendo que lo habrían internado en alguna clínica capitalina, yo le llamaba por teléfono, pero sin recibir respuesta por su parte. Al fin, tras varios intentos, su madre decidió contestar. Y, al hacerlo, me contó con detalle la odisea recién narrada. Para aliviar su abatimiento, le aconsejé acogerse a la oración. Cuando la ciencia no ofrece garantías, queda el recurso de la fe, la cual -según todos sabemos- hasta puede mover montañas. Parece que Sergio se solidarizó con mi sugerencia y se está aferrando, cada vez con más denuedo, a la ayuda que pueda recibir de Dios. Por mi parte, estoy investigando la forma de introducirlo en la “Fundación Prociegos” que tiene su sede

en el municipio de Chamelco. Si no estuviera en los planes divinos que recobre la vista, al menos ha de prepararse para que encare la vida desde su invidencia. Sé que no resulta fácil asumir tanta desventura. Pero sin duda es lo más sensato.

Una de cal y otra de arena

En mi itinerar por las aldeas de nuestro municipio, no todo es éxito ni tampoco fracaso. Más bien se van alternando. Para testimoniario, me limitaré a referir lo que me ocurrió un martes del mes recién terminado. Ese día, al no llevar enfermos a los hospitales, acostumbro a visitar algunos caseríos donde siempre me topo con inesperados pacientes y serios descalabros. El día de autos me presenté en la aldea de Chimolón, ya que poco antes doña Josefa Pacay me había notificado que su nieto sufría de quemaduras muy graves porque un par de días antes se había accidentado. Al examinarlo, vi que sus cicatrices eran ya de meses. Y lo que pretendía la familia era que yo se las borrara. Casi agoté mi dialéctica para convencerlos de que me estaban pidiendo un imposible. Y, además, estando en la parte baja de su espalda, no resultaban visibles, por lo que era



A la espera de entrar en la consulta médica

absurdo preocuparse. Trabajo me costó convencerlos. Aún hoy, ignoro si lo logré. De casualidad vi que el dedo meñique del niño estaba pegado al vecino, mientras el anular se le había atorado. Les aconsejé que hicieran una pelota de trapo, llenándola después de arroz. Y tal sería su terapia. Ni para las cicatrices ni para los dedos tenía sentido llevarlo a Fundabiem ¿Convencidos, resignados? No lo sé.

Lo que sí sé es que, al bajar por la vereda, casi me choqué con una señora joven (María Cecilia Caal Tista - 25 años) que iba tanteando el camino, por lo que determiné que su visión era casi nula. Tras el saludo protocolario, me compartió que llevaba días con ganas de ir a mi oficina para que yo la ayudara. Me mostré dispuesto a hacerlo. Escribió en su móvil mi número de teléfono y nos despedimos, no sin antes garantizarme que pondría nuestro diálogo en conocimiento de su marido y ambos vendrían muy pronto a verme en mi oficina. Ha pasado más de medio mes y aún no han dado señales de vida. Así se las gastan a veces nuestros indígenas.

En mi recorrido para visitar a otros pacientes, me acerqué después a la aldea de Chiquim para interesarme por la salud del joven Óscar Caal Che', que había estado muy poco antes ingresado en un hospital mental a causa de sus pertinaces convulsiones. Su madre (Carmelina) me mostraba varias recetas, sin duda con la esperanza de que le comprase los medicamentos. Les dije que todo estaba muy bien, pero -para aplicar el tratamiento- era indispensable que se personaran en mi oficina donde tomaría nota de su caso y lo incluiría en el listado de mis pacientes epilépticos. No sin cierto recelo, aceptaron mi propuesta. Nos despedimos como si fuéramos grandes amigos. Yo ingenuamente esperaba que al día siguiente llegarían a mi oficina para registrar su caso y darle seguimiento. Pues bien, todavía los estoy esperando.

Apenas había abandonado la casa de Óscar cuando recibí una llamada del líder de Chipacay en la que me ponía al tanto de un niño con posible fractura. Tras escucharlo durante un rato, le aconsejé que lo acercaran al Centro de Salud Local y que, si allí le daban recetas u órdenes de algún examen (rayos X), me lo hicieran saber. Aunque

a regañadientes, aceptó mi propuesta. Me consta, de hecho, que al día siguiente lo llevaron al Centro de Salud donde no se le apreció fractura alguna. Pero como al chiquillo no se le calmaban los dolores, el líder no tuvo empacho en llamarme de nuevo. Con mucha flema y bastante parsimonia, me pidió que, en nuestro vehículo, trasladara al paciente hasta una aldea vecina donde un afamado curandero casi hacía portentos. Me negué en redondo y ... se acabó el diálogo. A veces nuestros aldeanos, al desconfiar de las ofertas científicas, optan por encaminarse hacia un curandero o un brujo, pensando que ellos tienen hilo directo con los seres sobrenaturales. Por más que se trate de razonarles, se enrocan en sus creencias.

Un miércoles para olvidar

Como norma, no suelo hacer más de un viaje diario a la ciudad de Cobán. Desde Tamahú, se tarda casi una hora y media en llegar al punto de destino. Pues bien, un miércoles de este pasado mes me vi precisado a realizar dos. El primero se inició antes de las 4.00 de la madrugada. De antemano había concertado con los padres del niño Herlín Joel Sagui Juc (dos años) que a esa hora los recogería en



Herlín, pronto para viajar a Antigua

su aldea de Yuxilhá. Apenas llegué a tiempo,

ya que el camino estaba muy resbaladizo debido a los recientes aguaceros. Al llegar, me topé con tres familias, dispuestas a viajar con nosotros, ya que alguno de sus miembros debía ser operado en la ciudad de Antigua (casi siete horas en vehículo)). Todos estaban citados a las 5.00 en un punto concreto de Cobán para, desde allí, iniciar su largo viaje. Herlin iba a ser intervenido de paladar hendido. Unos meses antes Fratisa le había brindado la oportunidad de una cirugía de labio leporino. Llegamos a tiempo a la cita cobanera. Y, antes de despedirlos, ofrecí 250 quetzales a la mamá de Herlin para que pudiera afrontar los gastos del desplazamiento. Tras dejarlos en manos del piloto, sin pérdida de tiempo regresé a Tamahú donde, a las 6.00 dejé el todoterreno en las instalaciones de Asumta para iniciar con el microbús la recogida de los pacientes que debían ser trasladados a Fundabiem o a algún hospital de Cobán. Bien que mal, logré llegar a tiempo al centro de rehabilitación donde dejé a mis discapacitados para que recibieran en él sus terapias.

Cual si fuera una carrera a contrarreloj, me fui de inmediato con Abner Neftaly Ical Chub al hospital regional donde tenía agendada una cita para ser tratado de su parálisis cerebral. Allí fue atendido con todo esmero por el médico de turno, quien me ordenó hacerle un encefalograma. Antes de abandonar el nosocomio, cambié impresiones con la trabajadora social, solicitando su autorización para que en el hospital de neurología me lo hicieran gratis. Ella, sabedora que nuestros pacientes son de muy escasos recursos, me firmó el volante sin ponerme objeción alguna. Respiré tranquilo, ya que los estudios de laboratorio suelen ser bastante costosos. Aproveché la ocasión para que a Cristina Can Quej se le hiciera una biopsia y una colposcopia, tal como se nos había recomendado en el Centro de Salud. Parece que no le va a quedar más remedio que operarse. Veré cómo gestiono su caso, ya que el cirujano, en principio, nos dejó bien claro que la intervención iba a resultarnos muy cara. Como estoy acostumbrado a luchar por mis enfermos, trataré por todos los medios que la cirugía de Cristina sea gratuita o cuando menos asumible.



Joselyn no quiere estar enferma

Para atender a nuestros pacientes no basta disponibilidad (la tengo de sobra), sino que también se requiere un acendrado espíritu de lucha. Lo he ido consiguiendo a fuerza de batallar, durante años, para que los pobres sean atendidos como merecen. Al finalizar todas las consultas, regresé a Fundabiem y recogí a nuestros discapacitados que habían recibido ya su rehabilitación. Todos juntos nos encaminamos hacia Tamahú, adonde llegamos algo antes de las 14.00 horas. Había sido una jornada muy estresante, debido a la cantidad de flancos que en ella me había visto obligado a cubrir. Llegué a mi casa con el corazón henchido de gozo, pero con el cuerpo casi extenuado. Son los gajes de mi labor con los enfermos. Pido a Dios que me infunda energía para seguir atendéndolos durante mucho tiempo.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – SEPTIEMBRE, 2025

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	21

Examen de encefalograma donado por el hospital regional	01
Pacientes trasladados a oftalmología	03
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	02
Pacientes a quienes se realizó cirugía de ojos	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	09
Asistencias durante el mes en Fundabiem	29
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	12
Otros traslados	10
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	01
Leche pediátrica entregada (botes)	02
Pacientes que recibieron medicinas con receta	31
Extracción de piezas dentales	11
Pacientes a quienes se realizó estudio de Rayos X	02
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	06
Pacientes a quienes se realizó electrocardiograma	02
Pacientes a quienes se realizó ultrasonidos y papanicolaou	01
Pacientes a quienes se realizó ecocardiograma	01
Visitas a familias y enfermos	15
Entrega de granos básicos y otros (dinero en efectivo para pasaje)	01
Entrega de sillas de ruedas	01
Entrega de paquetes de pañales desechables	01
Ayuda en velorios y compra de ataúdes	01



Quando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Pattos – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones